

JAUME LORÉS

Mosén Alsina y mosén Vilar

Me llega desde Girona un recorte de periódico que explica, por fin, la historia detallada del asesinato del sacerdote de Castelló d'Empúries, Joan Alsina, en el Chile de Pinochet. Tengo una extraña asociación de ideas. Joan Alsina me hace pensar en la vida y en la muerte, muerte natural, del sacerdote catalán mosén Joan Vilar i Costa, exiliado en Toulouse. Los dos casos no pueden relacionarse ni

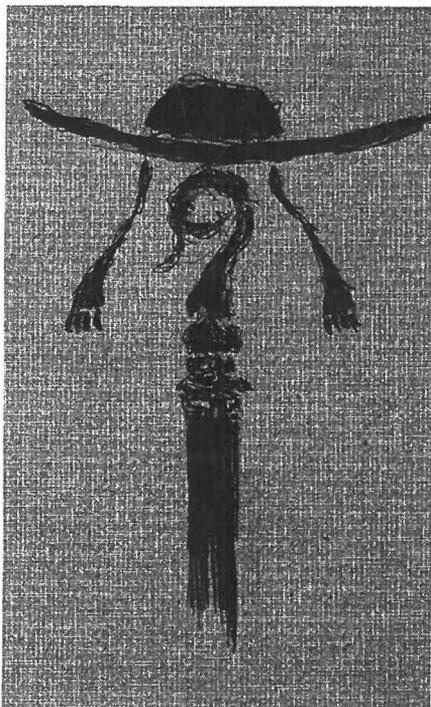
por los pelos. Pero algo me impulsa a contarlos juntos. Aunque no reveltos. Y es que en ambos aparece la crueldad de miembros de la Iglesia hacia sus colegas por discrepancias políticas y religiosas. Quien se escapa por la izquierda, para entendernos, aunque esta palabra sea ya borrosa, recibe palos. Quien se escapa por la derecha puede hasta recibir bendiciones y vivir su escapatoria tan campante. Yo pienso que el Concilio Vaticano II fue el inicio programático de una "perestroika" para la Iglesia católica. Pero a la vez estoy más que convencido que ésta no se ha llevado a cabo. Joan Alsina, en Chile, es detenido por un capitán del ejército que actualmente es coronel y que se llama Mario Carávez. El hombre y militar, que debía ser muy piadoso, no se fía de la condición sacerdotal de Joan Alsina y lo hace entrevisitar por un jesuita. Alsina se confiesa con él y el jesuita confirma que se trata de un sacerdote. Pero el coronel debía ser muy meticuloso. Entonces utiliza un capitán castrense, por lo visto de origen español, llamado Felipe Gutiérrez, y que aún ejerce en Chile, para que confirme el dato. De la discusión entre el capellán castrense y el sacerdote gerundense, como es lógico, se desconoce el contenido. Pero este capellán tranquilizó la conciencia del capitán afirmándole: "Si no matas a éste, te matará a ti y toda tu familia". Argumento teológico de peso. Ahora el soldado que ametralló a Joan Alsina y que arrojó su cuerpo al río, impactado por la mirada de Alsina, que al negarse a que le vendaran los ojos dijo: "Mátame de frente, que no tengo nada que esconder y quiero verte y darte mi perdón", lo ha contado todo con pelos y señales, con nombres y apellidos. Alsina murió con las manos cruzadas en el pecho y musitando "Pare, perdona'ls...". La diócesis de Girona, conmocionada por este hecho, está completando la investigación nacida de las declaraciones libres y voluntarias del soldado que hace diecisiete años llevó a cabo la ejecución y fue testigo de los acontecimientos precedentes.

Claro que todo esto no tiene nada que ver con las desdichas sórdidas que sufrió en Toulouse el sacerdote catalán mosén Joan Vilar i Costa en su exilio. Pero no puedo dejar de contarlos porque refleja otro aspecto de la plu-

ralidad de la Iglesia sin su necesaria "perestroika". La Iglesia de la católica y progresista Francia en tiempos inmediatos al Concilio. Cuando se exilió en 1939, mosén Vilar, fue recibido con los brazos abiertos por el cardenal Saliège, que le dio libertad para ocuparse humana y espiritualmente de los exiliados españoles, a pesar de la buena fama de "rojo" que tenía mosén Vilar. Saliège pertenecía a la raza de aquellos irrepitibles, por lo visto, obispos

conoci. El superior de aquel seminario—cuyo nombre no quiero citar—le abrumó con el desprecio y el olvido. Algunos compañeros franceses me avisaron que había un "prêtre" catalán que tosía todo el día y que estaba abandonado. El superior de marras me autorizó para visitarlo una vez por semana, en hora de patio, mientras me prohibía tener contacto con cualquier exiliado español. Yo, que había ido a Toulouse expulsado de Solsona por informes policiales, y que creía en la libertad de espíritu de la Iglesia de Francia, me quedé perplejo. Mosén Vilar vivía como podía, visitando y recibiendo ayuda de exiliados, mientras su diócesis lo abandonaba a la mano de Dios en la pobreza y el olvido. No tenía ni llave del seminario y, si algún día llegaba un poco tarde, tenía que recurrir a pedir alojamiento para pasar la noche en casa de algún exiliado. Esta sórdida historia producía sobre él un goteo constante y tenía indignados a los exiliados y, especialmente, a los exiliados católicos como Lluís Trias, de Unió Democràtica. Hasta que el estigma de comunista no cayó sobre mí, con la reglamentaria patada eclesiástica al trasero, pude ser testigo de la inhumanidad de la espiritualidad de un catolicismo que no llevaba la "perestroika" a las últimas consecuencias.

Si cuento todo esto es porque debería escribirse la historia de la represión de la Iglesia con los disidentes o los aparentemente disidentes en los años preconciliares y ahora, por desgracia, posconciliares. Sin ella no se entendería la gran desbandada del clero en los años 60 y 70. Sobre todo en Cataluña. Y sin escribir esta historia las víctimas de la represión no serán reivindicadas. Joan Alsina, caso máximo, puede dar pie, desde su muerte en Chile, para que se descubran los secretos de unos años negros, caídos en el silencio y en el olvido. Pero quizá lo más grave, hoy en Cataluña, es el que estos hechos, en el nivel de la pequeña crueldad cotidiana, no se produzcan porque los disidentes o no existen o callan. Nuestra Iglesia ha pasado de constatarista a dócil en un santiamén. No es que esté a favor del wojtilismo, pero esconde generosa la cabeza bajo el ala. Y la falta de disidencia es una prueba de la falta de fe. O quizá de la falta de esperanza en que las cosas puedan cambiar. Entre silencio y disidencia se ha escogido el silencio. Mientras el impacto de Joan Alsina, condenado a muerte por las palabras de un colega en el sacerdocio, y este recuerdo que me atenza la garganta desde hace muchos años de mosén Joan Vilar, condenado al menosprecio por un hoy ufano obispo francés, me hace recobrar cierta esperanza, que cada día queda más hundida en una resignación pasiva e inoperante que echa pelotas teológicas fuera. ●



JAVIER AGUILAR

franceses que fueron la base, ya ancianos, de la Francia progresista en el terreno religioso y social. Pero a Saliège le sucedió monseñor Garrone, progresista intelectual pero conservador vital—como la nueva ola de obispos franceses—, que no tuvo otra idea que la de admitir un sacerdote español, franquista de pies a cabeza, para confiarle la evangelización de los exiliados. La paranoia ante el comunismo en la Iglesia de Francia era alta. En el fondo, bastantes progresistas aparentes con cargos públicos en aquella Iglesia creían que sin Franco el comunismo invadiría España. Con la llegada del sacerdote franquista, mosén Vilar pasó al ostracismo. Ya anciano, vivía en el seminario de la rue des Teinturiers, y fue allí donde lo